

LA DISTINCION EMIC-ETIC EN ARQUEOLOGIA

(ENSAYO DE ARQUEOLOGIA TEORICA)

Andrés G. Laguens ()*

Pasado imperfecto
Joan Collins

INTRODUCCION

Si entendemos que la arqueología como ciencia es capaz de reconstruir las formas de vida humanas pasadas, luego estamos involucrando la idea de que es posible recuperar conductas, y que éstas estarán reflejadas en la evidencia arqueológica.

Esta aparentemente elemental definición de lo que trata la Arqueología -comúnmente aceptada en su primera parte- implica la posibilidad de distintos enfoques teóricos y prácticos de un mismo objeto (lo arqueológico).

Estando de acuerdo en que partimos de una realidad objetiva que convenimos en denominar *registro arqueológico* (ver Patrik 1985 para distintas concepciones acerca del registro arqueológico), no todos seguimos de allí el mismo proceder investigativo, ya sea porque los móviles o fines del trabajo sean distintos, ya por diferencias conceptuales o teóricas. Además de las diferencias que surgen en el método, existe la posibilidad de disentir en lo referente a la calidad de la evidencia del registro. Comúnmente no se hace referencia explícita al respecto, pero claramente se pueden observar dos posiciones. Una con la convicción de que el registro es autoevidente, que habla por sí solo, y la otra sosteniendo lo opuesto. Cualquiera que adoptemos implica pasos lógicos distintos en lo atinente a la elaboración de los datos. Si convenimos que el registro arqueológico no es autoevidente surge el planteo de la

(*) Licenciado en Antropología, Instituto de Antropología, Universidad Nacional, Córdoba.

necesidad que tenemos de refinar los métodos de inquisición que nos permitan pasar de lo observado, estático, a lo inferido, reconstruido, dinámico. En otras palabras debemos ajustar nuestro modo de pasar del *contexto arqueológico* al *contexto sistémico* (Schiffer 1972).

Habitualmente el razonamiento que lleva hacia la conclusión se basa en una inferencia directa, pudiendo solamente variar la cantidad de elementos en los que se apoya. Esto debilita la veracidad lógica de lo concluído. Deberíamos implementar mecanismos de control tanto para el sujeto investigador como para el objeto investigado.

En la Arqueología se produce una particularidad en cuanto a la relación sujeto investigador y objeto investigado. En las ciencias sociales, en general esta relación es establecida de sujeto a sujeto, pero en el campo arqueológico se produce la triple relación sujeto-objeto-sujeto donde la evidencia arqueológica hace forzosamente de intermediario entre el sujeto pasado (investigado) y el sujeto actual (investigador).

Resumiendo el problema: nos enfrentamos con una Arqueología que busca conductas humanas pasadas manifiestas en los restos arqueológicos y que debe, entonces, establecer un mayor control en su proceder lógico -control lógico inevitablemente ligado a un control técnico-metodológico.

El objetivo de estas notas es entonces presentar un modelo operacional alternativo que permita un mayor rigor en los procesos habituales de razonamiento y práctica arqueológicos. Esta construcción emplea conceptos teóricos de la Antropología y fue diseñada en función de casos concretos en procesos de investigación (Laguens y Bonnin 1983, 1984, 1986). Enfatizamos su faz fundamentalmente metodológica y la consideramos como una aproximación de la Arqueología a la Antropología, y por lo tanto sujeto a reajustes futuros. Básicamente, hemos combinado la distinción de los contextos arqueológico y sistémico con el análisis de cadenas de comportamiento (Schiffer 1972, 1975), implicaciones de testeo (Hill 1972, Schiffer 1975) y la diferencia emic/etic para Arqueología. Relativo al aspecto material de la evidencia arqueológica el tema se centra alrededor de los procesos de formación de sitios (Binford 1977, 1979; Schiffer 1977, 1979, 1983) que aquí no incluimos por tratarse fundamentalmente lo referente al aspecto inmaterial del proceder investigativo.

LA EVIDENCIA ARQUEOLOGICA

Partimos de la idea de que el referente empírico de toda investigación en Arqueología siempre es la evidencia arqueológica. Por evidencia arqueológica entendemos todos los restos materiales y sus inter-relaciones productos de actividad humana pasada. De esta manera es arqueológico tanto un chopper oldovaiense como una lata de tomates vacía arrojada a la basura. La cuestión a resolver es cómo hace el arqueólogo para conceptualizar que esos elementos materiales son producto de actividad humana pasada. Por ahora, sólo diremos

que a través de una mezcla de sentido común -cualquier persona no arqueóloga puede darse cuenta que una punta de flecha la hizo un hombre alguna vez- y de entrenamiento profesional -no cualquier persona puede darse cuenta que una lasca es lo que es-.

Sabiendo ahora que esos restos materiales son producto del hombre, le adscribimos además otra suposición: son productos del hombre en actividad, del hombre haciendo algo, transformando una materia en otra. Suponemos entonces, que esos restos materiales encierran información extra a sus características físico-químico-morfológicas, que nos "hablan" de una acción pasada. Esa acción es su causa, y el resto arqueológico su efecto.

Llegamos del objeto al sujeto.

Así, hemos pasado de una evidencia arqueológica, estática, a una evidencia arqueológica dinámica. Podemos hablar aquí de un verdadero registro arqueológico: los restos materiales registran actividad humana pasada, como un disco fonográfico registra a una orquesta sinfónica en acción. Cada vez que sometemos el registro fonográfico a los mecanismos diseñados para su "des-registración" tenemos acceso indirecto al resultado de las acciones de un grupo de hombres en un hecho único, en sí históricamente irrepetible, pero que no se apartó de las conductas esperadas ante el evento "ejecución orquestal de una partitura", y que hoy al escucharlo me permiten reconocerlo como tal.

Del mismo modo trabaja el arqueólogo ante el registro arqueológico, pero aquí su wincofón es su método científico. De la habilidad del arqueólogo dependerá la fidelidad de su audición. La única diferencia es que no tenemos una única clave para decodificar el registro: sabemos que el registro es producto de actividad humana pasada, pero ¿qué actividades? ¿qué clase de actividades? sobre todo ¿a cada actividad corresponde uno y sólo un tipo de registro?. Por ahora no podemos contestar rotundamente que sí, pero suponemos que existe cierta regularidad en las conductas de los hombres que permiten al científico social sostener que hay leyes o principios generales sobre la naturaleza humana. Pero, como en toda ciencia, la concepción de esas leyes dependerá del marco teórico propio que se elija. Luego, hasta la misma concepción del registro arqueológico como la venimos desarrollando responde a un marco teórico determinado. Entonces, las posibles explicaciones que planteé el arqueólogo de su registro arqueológico dependerá de su propio "background" teórico.

Podemos resumir entonces que existe una realidad objetiva, material, referente empírico del investigador que evidencia características arqueológicas, pero que registra lo que el arqueólogo espera que registre. Es decir, el registro arqueológico no es ni autoevidente ni unívoco. Todo depende de dos cosas: de la posición teórica del investigador y de su habilidad y disponibilidad instrumental (Binford 1962, 1964; Hodder 1985).

Reconocida esta característica esencial del registro arqueológico pasemos a ver entonces cómo hacer para, pese a todo, tratar de obtener la mayor rigurosidad y confiabilidad posible en nuestras inferencias profesionales.

LOS CONTEXTOS Y LOS PROCESOS DE FORMACION

Creemos que un paso muy importante es el planteado por Schiffer (1972, 1976) en cuanto a distinguir para el registro arqueológico dos variedades de contextos: el contexto arqueológico y el contexto sistémico:

"El contexto arqueológico incluye todos los materiales encontrados en un sitio, estén o no en localizaciones especializadas de descarte o hayan sido o no descartados deliberadamente por los ocupantes pasados de un sitio" (Schiffer 1972: 160, trad. per.)

"*Contexto arqueológico* describe a los materiales que han pasado a través de un sistema cultural, y los cuales ahora son los objetos de investigación de los arqueólogos."

"*Contexto sistémico* etiqueta la condición de un elemento que está participando en un sistema conductual" (op. cit.: 157)

"(...) a pesar de que todos los restos en un sitio son desechos cuando son descubiertos en contexto arqueológico (...) son potencialmente mucho más. Para poder desarrollar ese potencial, tendremos que enlazar el contexto arqueológico material a hipótesis conductuales y organizacionales sobre los elementos en contexto sistémico." (Idem: 163)

Ante esta distinción de los contextos no podemos seguir tratando al registro arqueológico como conteniendo un solo plano de realidad. La diferenciación de los contextos nos está diciendo que además de las relaciones causa-efecto entre actividad y registro material, intervienen toda otra serie de factores, que podemos englobar en lo que se denomina *procesos de formación de sitio* (Binford 1977, Schiffer 1977, 1979, 1983). Estos procesos de formación pueden ser culturales y no culturales. Lo que nos interesa aquí es la significación que puede adquirir el considerar que detrás de los elementos físicos hallados por el arqueólogo existe toda una serie de procesos culturales que involucran a la actividad humana pasada (los procesos no culturales no atañen al objetivo de este trabajo, pero no deben ser descartados. Remitimos al lector a la bibliografía).

Para que un resto arqueológico llegue a ser lo que hoy es existió una compleja red de vías por las que pasó ese elemento. Para nuestros fines, a modo de ejemplo, sólo vamos a considerar las que hacen a los últimos pasos. Sí quisiéramos podríamos partir desde el nacimiento de ese ítem cultural cuando el hombre transformó cierta materia, consumiendo energía y aplicando su información, en un elemento cultural, pero resultaría una serie muy larga de actividades. Vamos a proceder al revés: del resto a las actividades y nos vamos a basar en nuestra experiencia cotidiana y en el conocimiento que tenemos de nuestra propia cultura.

Tomemos la lata de tomates vacía en la basura: el arqueólogo encuentra un elemento con capacidad de contener, de tamaño y forma mensurables, hecho en latón, recubierto de papel impreso y con restos orgánicos de *Lycopersicon esculentus*. Inmediatamente podríamos inferir: alguien lo tiró (acción 1), pero antes alguien lo vació (acción 2); pero para vaciarlo tuvieron que abrirlo (acción 3) con un instrumento especializado que dejó una huella particular en la parte superior del recipiente; seguramente, antes de ser abierto -y según lo

que sé por propia experiencia de mi cultura- estuvo depositado o bien en una alacena o en un lugar de ventas de comestibles, lo que quiere decir que alguien lo guardó (acción 4), pero antes lo compró (acción 5); o bien lo compró (acción 4) pero algún otro antes lo guardó (acción 6) en el lugar de venta de comestibles. Pero para comprar el elemento en estudio una persona lo cambió (acción 7) por dinero que recibió (acción 8) porque trabajó (acción 9) según las normas establecidas por nuestra cultura.

Si quisiéramos podríamos seguir así para el lado de los tomates: alguien los enlató, preparó, compró, vendió, cosechó, cuidó, sembró, etc. etc. Esto sólo en cuanto a acciones, pero también podríamos asociar a estas acciones otros tipos de inferencias: la persona que tiró la lata -en base a mis conocimientos de la tradición culinaria doméstica occidental- es muy posible que haya sido una mujer, probablemente un ama de casa o una doméstica. Si es la primera, es altamente probable que la lata tenga pocos residuos, de lo contrario es posible que haya sido la segunda clase de persona quién la arrojó. De ser éste el caso, quiere decir que podemos considerar la existencia de una especialización laboral y de diferencias de clases sociales, en relación a una inferencia económica (aprovechamiento al máximo de un recurso). Sea quien sea el que lo haya hecho, vació la lata para algo, para usarla en algo. Muy probablemente para ingerir su contenido, pero en base a mis conocimientos de botánica económica sé que es estadísticamente baja la posibilidad de que el contenido de la lata sea consumido crudo, luego alguien lo cocinó. Comienza así toda otra serie encadenada de acciones e inferencias potenciales.

Lo que hemos hecho hasta aquí es la reconstrucción de los que Schiffer denomina cadena de comportamiento (1975):

“Una cadena de comportamiento es la secuencia de todas las actividades en las cuales participa un elemento durante su ‘vida’ dentro de un sistema cultural” (Schiffer 1975: 107).

En realidad, quizás podríamos llegar a hablar de no sólo de cadenas de comportamiento -que da cierta idea de linealidad en la secuencia- sino de verdaderas redes de actividades, pues de una actividad se pueden derivar dos o más actividades alternativas nuevas.

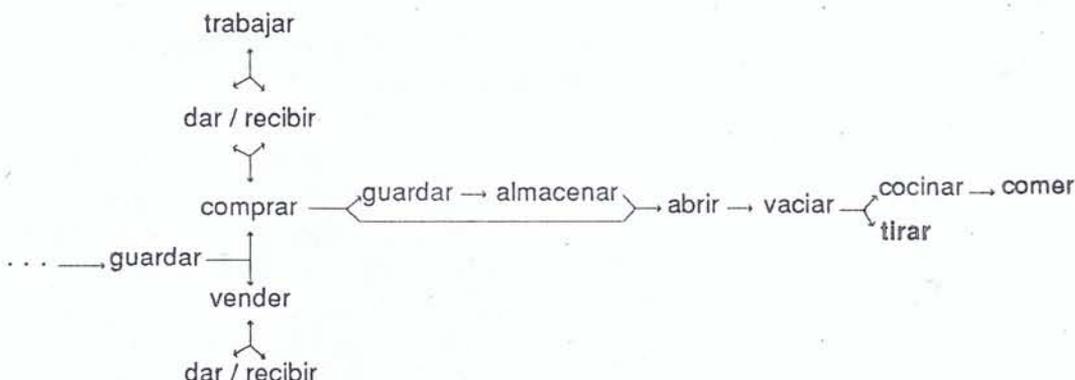


Figura 1 : Red de actividades hipotetizables a partir de una acción inferida (acción 1: tirar).

Esta red de actividades hipotetizada en el ejemplo aparte de tener connotaciones sobre las acciones pasadas -como ya vimos- también tienen su correlato material: un instrumento para abrir la lata, un recinto para guardar, un recipiente para volcar, moneda para comprar, otro instrumento para manufacturar, etc., etc. Así como también implica inversiones concretas de energía, tanto física como química: fuerza humana para accionar un abrelatas, fuego para cocinar, etc.

En total, entran en juego tres componentes mínimos que son los que intervienen en la definición de una actividad:

“Una actividad es una transformación de energía, involucrando mínimamente una fuente de energía, comúnmente humana, actuando sobre uno o más elementos materiales próximos” (Schiffer 1972: 157).

Exactamente lo mismo podemos hacer para los elementos culturales arqueológicos: a partir de la evidencia arqueológica tal como la hallamos en el contexto arqueológico y de allí hipotetizar una serie de pasos previos que pueden haber sucedido.

En realidad, lo que estamos haciendo es sugerir una serie de actividades posibles en base a nuestro propio conocimiento y a ciertos rasgos indicadores del elemento en cuestión en los cuales consideramos indicadores también en base a nuestra experiencia -y que creemos pueden haber sido la causa de su estado actual- (por supuesto que en el ejemplo hemos abusado de la ventaja de pertenecer a la cultura estudiada). En otras palabras: planteamos hipótesis a partir de un caso particular en base a nuestros propios modelos mentales: inducimos y deducimos.

Y aquí debemos poner atención. La mayoría de las veces, los arqueólogos que siguen este procedimiento no dicen que inducen y deducen, sino que afirman que “inferen”.

LA INFERENCIACION

¿Qué entendemos por inferir? Inferir es razonar, pero en realidad aquí nos referimos a *inferencia inmediata*: se concluye una proposición de otra sin intervención de una tercera (Ferrater Mora 1975: 223). Concluyo que se comió tomate porque encuentro una lata. Concluyo que había agricultura porque encuentro una andenería. Por supuesto que cualquiera de estas dos proposiciones son verdaderas, a más de obvias. Pero, desde el punto de vista lógico-científico ¿cómo sustento la veracidad de tales afirmaciones? Realmente, al afirmar que hubo agricultura (“debieron haber cultivado maíz”) porque encuentro en el registro arqueológico paredes de pirca sobre una pendiente montañosa delimitando superficies horizontales ¿*demuestro* la existencia de la agricultura? Y si no es una verdad demostrada ¿me puedo basar en ese enunciado para ulteriores inferencias? Lo que está fallando es el proceder lógico.

Claro que el ejemplo ha sido extremo, pero falta un paso intermedio que entrelace mis observaciones en el contexto arqueológico (la andenería) con las inferencias que hago sobre el contexto sistémico (la agricultura). Faltan los argumentos de relevancia (Binford 1968a, 1968b; Fritz 1972) o los *correlates* (Schiffer 1972, 1978).

Ese paso intermedio lo puede dar el uso de implicaciones de testeo o contrastadoras (Hill 1972; Laguens y Bonnin 1983; Schiffer 1975). El caso sería aquí que las actividades que postulamos a partir del ítem cultural recuperado en realidad no sean inferencias, sino verdaderas hipótesis a ser contrastadas empíricamente mediante el correlato material dejado por cada actividad. A través del uso de la reconstrucción teórica de las redes de actividades en base a información previa y a observaciones directas del registro, postulamos una serie de eventos posibles que de haber ocurrido tienen que haber dejado cierto tipo de registro arqueológico. En la medida que el registro, por lo menos, no contradiga lo esperado podemos seguir sosteniendo nuestras reconstrucciones sobre las conductas que lo generaron. En otros términos, establecemos un proceso de inducción-deducción y de contrastación empírica de enunciados hipotéticos, que tendrán validez mientras no sean refutados. Cuanto más pruebas no los contradigan, mayor certeza tendrán.

De este modo hemos establecido un camino mediato entre nuestras observaciones en el contexto arqueológico y las inferencias hechas sobre el contexto sistémico. Ahora sigue habiendo inferencia, pero una *inferencia mediata*. Pasamos de un campo de observaciones, empírico, de datos, a un campo teórico, inmaterial, de hipótesis e inferencias, pero a través de mecanismos de control lógicos y metodológicos que dan sustento a nuestras afirmaciones.

Hasta aquí no hemos hecho más que combinar propuestas teóricas y metodológicas de otros autores (Schiffer 1972, 1975; Hill 1972; Hempel 1966; Watson *et al.* 1972) en una propuesta metodológica. Pero creemos que todavía hay algo más que podemos refinar. Se trata de los enunciados que hacemos ya dentro del contexto sistémico.

LO EMIC Y LO ETIC

Habíamos dicho que partimos de un registro arqueológico no autoevidente, ni unívoco, y que dependerá de nuestra posición teórica el camino que sigamos y las preguntas que le hagamos a ese contexto arqueológico para obtener el tipo de información buscada sobre el contexto sistémico. Pero dentro de esa información obtenida acerca del contexto sistémico es posible diferenciar los enunciados hechos a partir de nuestras propias categorías de los enunciados que pueden corresponder a categorías pasadas. El camino no es sencillo, ni siempre posible. Partamos de aceptar que una cultura arqueológica es en realidad una muestra de lo que fue esa cultura en funcionamiento (por lo menos hasta ahora, nuestros métodos de análisis y marcos teóricos no nos permiten zanjar esta limitación). Por otra parte, tratar de acceder a categorías

pasadas está al borde del abismo en caer en una paleopsicología (Binford 1964), con visos de absoluto normativismo. No es lo que pretendemos. La diferencia estaría en que no estamos presuponiendo que la conducta humana responde a normas super-orgánicas compartidas por todo un grupo social, sino que existen ciertas regularidades estructurales a nivel de esencia en la conducta humana, instrumentadas a través de la cultura, como respuestas adaptativas.

Lo que pretendemos es que como antropólogos-arqueólogos podríamos diferenciar la aplicación de nuestras propias categorías al registro arqueológico reconstruido, y si es posible, postular algunas categorías de los individuos que generaron esa realidad arqueológica. Queremos distinguir enunciados de tipo *etic* de enunciados de tipo *emic* dentro del *contexto sistémico*.

Utilizamos en este caso los mismos conceptos que la antropología lingüística y la antropología cognitiva, y con la misma significación que se usan en lingüística y en antropología. *Emic* se refiere a "(...)sistemas lógico-empíricos cuyas distinciones fenoménicas o 'cosas' están hechas de contrastes y discriminaciones que los actores mismos consideran significativas, con sentido, reales, verdaderas o de algún otro modo apropiadas" (Harris 1968: 493). *Etic* se refiere a "(...)distinciones fenoménicas adecuadas para la comunidad de los observadores científicos" (*op. cit.* : 497). "El término émico, compone el conocimiento propio del individuo que es parte de una cultura y es de alguna manera expresión lógica interna de su sistema de pensamiento; mientras que el término ético se refiere a las distinciones fonémicas hechas por el observador científico." (Lahitte 1983: 10)

Existen posiciones dentro de las corrientes emicistas que consideran a los enunciados de carácter étic como una primera aproximación a posteriores enunciados émics, pues estos serían los únicos verdaderos al ser los reconocidos como válidos por los propios actores de la cultura estudiada.

Consideramos, en cambio, que se hacen necesarios ambos tipos de enunciados, independientemente. Necesitamos de un lenguaje científico, intersubjetivo e intercultural, pero a su vez de una distinción que nos permita considerar las características propias de cada cultura en particular. No obligatoriamente las distinciones que se hagan en el campo étic serán un mero paso hacia lo émic como último fin, ya que de ser así podríamos caer en posiciones particularistas incontrastables, ya salvadas por la Antropología. Debemos considerar criterios de verdad tanto para los enunciados étic como criterios de verdad para los enunciados émic. Ya veremos más adelante qué dificultades encontramos en el campo de la Arqueología al plantear esta segunda exigencia, pero por lo pronto adelantamos que consideramos que nos deberemos basar en los principios de predicción-retrodicción dentro de un marco explicativo de corto rango.

Si bien Pike (1954) creó esta distinción con el objetivo de aplicar a la conducta los principios del análisis lingüístico y consideró a lo étic como un paso hacia lo émic, nos parece interesante transcribir algunas características

de los dos puntos de vista tal como las planteara él, que ayudarán a aclarar la aplicabilidad de la distinción:

Intercultural vs. específico. "El enfoque ético considera todas las culturas o lenguas (o un grupo seleccionado de ellas) al mismo tiempo. Podría llamarse 'comparativo' en el sentido antropológico (...) El enfoque émico es, por el contrario, culturalmente específico, aplicado a una lengua o cultura a la vez."

Unidades previamente disponibles vs. unidades determinadas durante el análisis. "Las unidades y clasificaciones éticas, basadas en amplios muestreos previos o en investigaciones (y estudiadas en cursos de entrenamiento) pueden estar a nuestra disposición antes de comenzar el estudio de una lengua o culturas determinadas. Sin embargo, aparte del entrenamiento que se tenga, las unidades émicas de una lengua deben determinarse durante el análisis de la misma; es preciso descubrirlas y no predecirlas (...)"

Creación vs. descubrimiento de un sistema. "La organización ética de un esquema intercultural de alcance universal puede ser creada por el analista. Sostengo que la estructura émica de un determinado sistema debe ser descubierta. (Pero aquí supongo una filosofía de la ciencia que da por sentado que en el universo se producen ciertas estructuras fuera de las que se dan en la mente del analista (...))"

Concepción interna vs. concepción externa. "Las descripciones o análisis realizados desde el punto de vista ético tienen una concepción 'extraña', con criterios exteriores al sistema. Las descripciones émicas brindan una concepción interna, con criterios elegidos dentro del sistema. Representan para nosotros la concepción de quién conoce al sistema y sabe como actuar dentro de él".

Plan externo vs. plan interno. "Un sistema ético puede ser establecido por criterios o por un plan lógico cuya pertinencia es externa al sistema que se está estudiando. El descubrimiento o establecimiento del sistema émico requiere la inclusión de criterios pertinentes al funcionamiento interno del sistema mismo."

Criterios relativos vs. criterios absolutos. "Los criterios éticos pueden ser considerados a menudo como absolutos, o directamente mensurables. Los criterios émicos se relacionan con las características internas de sistema y pueden ser provechosamente descriptos o medidos unos en relación con los otros."

Igualdad y diferencia consideradas como medido vs. sistemático. "Dos unidades son éticamente diferentes cuando las mediciones instrumentales así lo demuestran. Las unidades son émicamente diferentes sólo cuando provocan respuestas diferentes de la gente que actúa dentro del sistema."

Datos totales vs. datos parciales. "Los datos éticos se obtienen en un primer momento del análisis con información parcial. En principio, por el contrario, los criterios émicos requieren que se conozca el sistema total con el cual están relacionados y del cual, en última instancia, toman su significación."

Presentación preliminar vs. presentación final. "Los datos éticos permiten tener acceso al sistema, que es el comienzo del análisis. Dan resultados y unidades tentativas. El análisis o presentación final, sin embargo, se daría en unidades émicas. En el análisis total, la descripción ética inicial se refina gradualmente y es en última instancia (en principio, pero quizás nunca en la práctica) reemplazada por una descripción émica." (Pike 1954: 233-236).

De la lectura de estas citas se desprende claramente que no podemos pretender aplicar estrictamente todos los principios de la distinción etic-émic al pasado arqueológico, pero sí que la mayoría de los criterios pueden ser tenidos en cuenta cuando nos movemos dentro de las inferencias alcanzadas en el contexto sistémico y que pueden ayudarnos a saber dentro de qué campo del sistema extinto en funcionamiento estamos: dentro del campo de la conducta o del pensamiento.

A manera de ejemplo, pensemos cuando se habla de "especialización en la caza" para un grupo determinado. Partimos de la evidencia arqueológica donde se registra un predominio de cierta especie animal en relación a otras. En base a "unidades previamente disponibles" (número mínimo, grupos de edad, grupos de sexo, especies, etc.) podemos hablar de selección, estacionalidad, intencionalidad, preferencia, etc. Esta misma especialización la buscamos también dentro del contexto arqueológico en el equipo instrumental: puntas de proyectil de una forma determinada, raspadores ajustados a tal clase de cuero, microdesgaste específico, etc. y se infieren actividades correlacionadas, en tiempos y espacios determinados. Si traducimos esto en los términos que venimos hablando, "especialización en la caza" como concepto encierra un enunciado de tipo *étic*, basado estrictamente en el registro arqueológico y sostenido por la reconstrucción, dentro del contexto sistémico, de una red de actividades contrastada a través de implicaciones de testeo. Pero también encierra un enunciado de tipo *émic*: estamos diciendo que para los actores de ese grupo específico existía una especie animal determinada, que era diferenciada de otras y que sería valorada al ser elemento importante de sustento y materia prima. Lo que implica conocimiento del sistema y saber cómo actuar dentro de él, con estrategias específicas de subsistencia propias del funcionamiento interno del sistema. Si se establece una correlación entre las especies y grupos faunísticos determinados y las variedades artifactuales del equipo instrumental, implicará también unidades diferentes que provocaron distintas respuestas en las actividades. Estamos describiendo una "cuasi-categoría". Cuasi-categoría porque desconocemos varios aspectos complementarios: no sabemos su denominación, ni cuál era su lugar en un esquema clasificatorio (por ejemplo, si era considerado animal o no y junto con qué otras especies podría estar englobado) pero sí lo podemos considerar como un concepto de *contenido émic*. Es decir, por lo menos hemos podido

"(...) establecer una distinción entre las entidades y procesos de la vida social que son reales e importantes para los participantes y las entidades y procesos que por la naturaleza de su status científico son capaces de explicar eficazmente pensamientos y actividades sociales, más allá de que sean reales o importantes desde el punto de vista de los participantes." (Harris 1976: 330; trad. per.).

El mismo tipo de razonamiento puede aplicarse a otros aspectos de la realidad arqueológica. Sólo basta, por ejemplo, que nos planteemos y tratemos de resolver por qué un sitio está asentado donde está y no en otro lado. Seguramente terminaremos en enunciados de contenido *emic*. Y, ¿qué tipo de enunciado emitimos cuando decimos que "los santamarianos tenían un evidente 'horror al vacío' "? Otro caso: los enunciados que se hacen acerca del control vertical de diferentes pisos ecológicos para el mundo andino (Murra 1972) y su inferenciación para el campo arqueológico (por ej. Cigliano y Raffino 1977; Earle 1976; Morris 1973; Lorandi 1977, 1980).

Lo importante a rescatar de los ejemplos es que un planteo de tipo *emic*

no implica observaciones adicionales ni otra calidad de registro, sino que etic y emic son dos puntos de vista sobre la misma realidad. La diferencia radica en el plano en que nos movemos: conductual o mental, intercultural o intracultural.

Parafraseando a Harris, tenemos que distinguir cuando "nos metemos en la cabeza" de los individuos estudiados de cuando nos manejamos en el plano de la conducta registrada arqueológicamente.

El problema que se plantea es cómo saber que los enunciados de contenido émic que podemos hacer pudieron haber tenido cierta validez operativa en el pasado. El método propuesto, más allá de reivindicar la intuición profesional y sistematizar la subjetividad, debe tener su contrastabilidad empírica.

Postulamos que se lograría a través de por lo menos dos pasos: clasificaciones objetivas y uso de implicaciones de testeo para el análisis de redes de actividades.

En el primer caso, la clasificación, presuponemos que existe regularidad en la naturaleza de las cosas y que nosotros podemos ordenarlas de acuerdo a criterios explícitos de semejanza e identidad morfológica. Este es el principio válido para toda ciencia natural e implica necesariamente criterios *relativos* de ordenamiento, creados, no descubiertos. Presuponemos también que toda existencia tiene un propósito (si algo está ahí, por algo está, aunque sea dando sentido a su propia existencia). Podemos identificar entonces una relación forma-propósito en las clases determinadas. De estas formas-propósito podemos deducir (inferir) funciones enlazadas a actividades pasadas concretas. Hemos dado un primer paso de lo observado (contexto arqueológico) al campo conductual (contexto sistémico).

En este momento debemos separar las inferencias concretas del campo conductual de las inferencias netas del campo mental, que podemos hipotetizar fueron operacionalmente válidas en el pasado. Es decir, podemos separar las clases de forma-propósito de las clases forma-significado.

Una manera de confirmar la validez operacional de estas inferencias controladas es contrastarlas por medio de redes de actividades, desarrolladas a través de implicaciones de testeo.

Pero este proceso también puede ser inverso: que la clasificación seguida sirva para contrastar algunas de las implicaciones desarrolladas a partir de las redes de actividades planteadas. Es un constante juego de procesos de inducción-deducción/explicación-predicción (retrodicción). Lo que debe quedar en claro es cuándo estamos atribuyendo una conducta y cuándo le estamos dando significado al registro arqueológico.

Establecido el contexto sistémico y postulada la concepción interna, emic, del sistema, nos valdremos de la predicción, en tanto mecanismo de contrastación de una explicación, para saber si nos hemos "metido" dentro del sistema o no. Para ello debemos deducir del modelo obtenido enunciados de contenido factual acerca de cómo debe ser el nuevo contexto analizado si res-

ponde a las unidades conceptuales, tanto etic como emic, postuladas (Laguens y Bonnin 1983). Si nuestras predicciones son ajustadas y las contrastamos positivamente, podremos pensar que conocemos el sistema y sabemos actuar dentro de él y que nuestras unidades emic resultan pertinentes al funcionamiento del mismo.

Pese a todo esto, nuestras inferencias de contenido emic nunca obtendrán una confirmación absoluta, y quizás sólo podríamos pensar que cuanto mayor sea nuestro grado de predicción logrado al estudiar una cultura, mayor será el grado de no refutabilidad que tengan nuestros enunciados "arqueo-émic".

PALABRAS FINALES

Este ensayo no ha pretendido ser más que eso, pero consideramos que el tema era interesante y daba lugar a ciertas reflexiones, y creemos que aún puede plantear nuevas vías de investigación. Pero es delicado y hasta puede llegar a resultar fútil. Por lo menos sabremos que no se puede hacer. Pero no nos debemos cerrar a posibles caminos nuevos en la investigación, siempre que estén debidamente justificados y tengan coherencia lógica. La Arqueología es una Ciencia Abierta.

Córdoba, Noviembre de 1986

AGRADECIMIENTOS

Agradezco la lectura crítica y los esclarecedores comentarios del manuscrito por parte del Dr. Héctor B. Lahitte, quien no es responsable directo de lo aquí escrito. Y a Mirta por sus ideas esclarecedoras y su paciencia.

BIBLIOGRAFIA

- Allen, W.L. y J. B. Richardson III. 1971. The Reconstruction of Kinship from Archaeological Data: the Concepts, the Methods and the Feasibility. *Amer. Antiq.* 36(1): 41-53.
- Arnold, D. E. 1971. Ethnominerology of Ticul, Yucatan Pottery: Etics and Emics. *Amer. Antiq.* 36 (1): 20-40.
- Binford, L. R. 1962. Archaeology as Anthropology. *Amer. Antiq.* 28 (2): 217-225.
1964. A Consideration of Archaeological Research Design. *Amer. Antiq.* 29: 425-441.
1965. Archaeological Systematics and the Study of Culture Process. *Amer. Antiq.* 31: 203-210.
- 1968a. Some Comments on Historical Versus Processual Archaeology. *Southwestern Journ. Anthr.* 24: 267-275.
- 1968b. Archaeological Perspectives. En *New Perspectives in Archaeology*, (L.R. y S. R. Binford, eds.), pp. 5-32. Aldine Publ.Co., Chicago.

1977. Forty-seven trips: A Case Study in the Character of Archaeological Formation Processes. En *Working at Archaeology*. pp.243-268. Academic Press Inc., New York.
1978. Dimensional Analysis of Behavior and Site Structure: Learning from an Eskimo Hunting Stand. *Amer. Antiq.* 43(3): 330-361.
1979. Organization and Formation Processes: Looking at Curated Technologies. *Journ. Anthr. Res.* 35 (3): 255-273.
1980. Willow Smoke and Dogs' Tails: Hunter-Gatherer Settlement Systems and Archaeological Site Formation. *Amer. Antiq.* 45 (1): 4-20
1981. Behavioral Archaeology and the "Pompeii Premise". *Journ. Anthr. Res.* 37 (3): 195-208.
- Cigliano, E. M. y R.A. Raffino. 1977. Un modelo de poblamiento en el N.O. Argentino. Período de Desarrollos Regionales. En *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, t.II: 1-25.
- Earle, T. 1976. Evolución de la administración ecológica Inca. En *Revista del Museo Nacional*, Lima, Perú, t. 42: 207-245.
- Ferrater Mora, J. 1975. *Diccionario de Filosofía abreviado*. Ed.Sudamericana, Bs. As.
- Fritz, J. M. 1972. Archaeological Systems for Indirect Observation of the Past. En *Contemporary Archaeology* (M. Leone, ed.). Southern Illinois Univ. Press.
- Gardin, J.C. 1965. On a Possible Interpretation of Componential Analysis in Archaeology. *Amer. Antiq.* 67 (5) part 2: 9-22.
1967. Methods for the Descriptive Analysis of Archaeological Material. *Amer. Antiq.* 32 (1): 13-30.
- Harris, M. 1968. *El desarrollo de la teoría antropológica*. Siglo XXI, Madrid, 1978.
1975. Why a Perfect Knowledge of All the Rules That One Must Know in Order to Act Like a Native Cannot Lead to a Knowledge of How Natives Act. *Journ. Anth. Res.* 30: 242-251.
1976. History and Significance of the Emic/Etic Distinction. *Ann. Rev. Anthr.* 5: 329-350.
1979. *El materialismo cultural*. Ed. Alianza, Madrid, 1982.
- Hempel, C.G. 1965. *La explicación científica*. Ed. Paidós, Bs. As., 1979.
- Hill, J. N. 1972. *The Methodological Debate in Contemporary Archeology: A Model*. En *Models in Archaeology* (D. L. Clarke, ed.) Methuen & Co., London.
- Hodder, I. 1985. Postprocessual Archaeology. En *Advances in Archaeological Method and Theory* (M.B. Schiffer, ed.), vol. 8, Academic Press Inc., New York.
- Kehoe, A.B. y T.F. Kehoe. 1973. Cognitive Models for Archaeological Interpretation. *Amer. Antiq.* 38 (2) : 150-154.
- Laguens, A. 1984. *Observaciones sobre las posiciones teóricas de David L. Clarke y Lewis R. Binford*, manuscrito inédito, Córdoba, Instituto de Antropología, U.N.C.
- Laguens, A y M. Bonnin 1983. Hacia una Arqueología Aplicada. El Programa de Estudios Arqueológicos del Depto. San Carlos, Valle Calchaquí Sur, Pcia. de Salta, Argentina. Aspectos teóricos y de método. *Publicaciones XL* (N.E.), Inst. Antrop., U. N. Cba., pp.29-65.
1985. Prospección Regional, muestreo probabilístico y Arqueología Aplicada. *Actas del*

- 1er Taller sobre Muestreo en Arqueología Argentina*, PREP, Bs. As. (en prensa).
1986. Un encuadre teórico para la práctica arqueológica. Ensayo de un método alternativo de trabajo en Arqueología. En *Publicaciones XLII* (N.E.), Inst. Antrop., U.N.Cba (en prensa)
- Lahitte, H. B. 1980a. El análisis descriptivo: su funcionamiento. *Cuadernos LARDA*, año 2, Nº 4, La Plata.
- 1980b. Principios generales y elementos para la construcción de una teoría general de los códigos. *Cuadernos LARDA*, año 2, Nº 5, La Plata.
- 1980c. Nociones sobre el funcionamiento de los lenguajes descriptivos-documentales. *Cuadernos LARDA*, año 3, Nº 7, La Plata.
1983. Comentarios sobre el modelo lingüístico y la antropología cognitiva. *Cuadernos LARDA*, año 5, Nº 15, La Plata.
- Leone, M. P. 1982. Some Opinions about Recovering Mind. *Amer Antiq.* 47 (4): 742-760.
- Lorandi, A. M. 1977. Arqueología y Etnohistoria: hacia una visión totalizadora del Mundo Andino. *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, t. II, Antrop., U.N.L.P.: 27-51.
1980. La frontera Oriental del Tawantisuyu: el Umasuyu y el Tucumán. *Relaciones*, Soc. Arg. Antr., N.S., 14 (1): 147-164.
- Morris, C. 1973. Establecimientos estatales en el Tawantisuyu: una estrategia de urbanismo obligado, *Revista del Museo Nacional*, 39: 127-141. Lima.
- Murra, J.V. 1972. El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas. En *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, I.E.P., Lima, Perú, 1976.
- Patrik, L.E. 1985. Is There an Archaeological Record?. En *Advances in Archaeological Method and Theory* (M.B. Schiffer, ed.) vol. 8, pp 27-62. Academic Press Inc., New York.
- Pike K.L. 1954. Puntos de vista éticos y émicos para la descripción de la conducta. En *Comunicación y cultura* (Alfred G. Smith, ed.) vol. I. Ed. Nueva Visión, Bs. As.
- Popper, K. 1973. *La lógica de la investigación científica*. Ed. Tecnos, Madrid.
- Price, B.J. 1982. Cultural Materialism: a Theoretical Review. *Amer. Antiq.* 47(4): 709-741.
- Salmon, M. H. 1982. *Philosophy and Archaeology*, Academic Press Inc., New York.
- Schiffer, M. B. 1972. Archaeological Context and Systemic Context. *Amer. Antiq.* 37 (2): 156-165.
1975. Behavioral Chain Analysis: Activities, Organization and the Use of Space. *Fieldiana Anthr.* 65: 103-119.
1977. Toward a Unified Science of the Cultural Past. En *Research Strategies in Historical Archaeology* (S. South, ed.) Academic Press Inc., New York.
1978. A Synthetic Model of Archaeological Inference. En *Discovering Past Behavior, Experiments in the Archaeology of the American Southwest* (P. Grebinger, ed.), pp.123-139. Gordon and Breach, New York.
1979. A Preliminary Consideration of Behavioral Change. En *Transformations: Mathematical Approaches to Culture Change* (C. Renfrew y K. Cooke, eds.) Academic Press, New York.

1983. Toward the Identification of Formation Processes. *Amer. Antiq.* 48 (4): 675-706.
- Sullivan, A.P. 1978. Inference and Evidence in Archaeology: a Discussion of the Conceptual Problems. *Advances in Archaeological Method and Theory* (M.B. Schiffer, ed.) vol. 1. Academic Press Inc., New York.
- Watson, R. A. 1976. Inference in Archaeology. *Amer. Antiq.* 41(1): 58-66.
- Watson, P.J. , S.A. Le Blanc y C. Redman. 1972. *El método científico en Arqueología*, Ed. Alianza, Madrid, 1974.